

Poesía del lugar: la narrativa de la piedra

Poetry of the Place: the Narrative of the Stone

Damián G. Castro¹

Recibido 30/8/2024 | Aceptado 3/10/2024 | Publicado 17/12/2024

Resumen

El hombre es narrativo y lector. Rossana Cassigoli dice que “una casa puede leerse como un texto”. Si prestamos atención veremos cómo nuestros ojos recorren los distintos lugares y van narrando lo que allí encontramos porque no podemos hacer otra cosa que narrar. Llegar a un lugar es adentrarnos en un momento de la vida de algo. Tanto es así que cuando nos acercamos a un templo, entramos o simplemente pasamos por delante, lo primero que llama nuestra atención es su inmensidad, la cual no debemos pensarla solamente desde lo estructural físico-externo, sino también desde la inmensidad que provoca hacia nuestro interior; es allí donde “la mirada física da paso a una mirada espiritual” (Lázaro Albar, 2001). Otra situación que resulta interesante es que una estructura solo es tal en la luz que le da forma y es allí donde podemos experimentar la poesía que prosa. La poesía del lugar es aquella narración y luego lectura que solo puede darse porque hay alguien que se dona y otro que recibe esa donación.

Palabras clave: hombre; narrativa; piedra; lector; poesía.

Abstract

The human being is a narrative and a reader. Rossana Cassigoli says that ‘a house can be read as a text’. If we pay attention we will see how our eyes travel through the different places and narrate what we find there, because we can do nothing else but narrate. To arrive at a place is to enter a moment in the life of something. So much so that when we approach a temple, enter it or simply walk past it, the first thing that catches our attention is its immensity, which we should not only think of it from the physical-external structural point of view, but also from the immensity that it provokes within us; it is there where ‘the physical gaze gives way to a spiritual gaze’ (Lázaro Albar, 2001). Another interesting situation is that a structure is only such in the light that gives it form, and it is there that we can experience poetry rather than prose. The poetry of place is that narration and then

¹ Licenciado en Filosofía (UCALP). Coordinador de la Licenciatura en Filosofía, Facultad de Humanidades, UCALP. Profesor en la Facultad de Arquitectura y Diseño, UCALP. e-mail: damian.castro@ucalp.edu.ar



reading that can only happen because there is someone who donates and another who receives that donation.

Keywords: *human; narrative; stone; reader; poetry.*

Poesía del lugar: la narrativa de la piedra

Prestamos atención a las dos palabras que nos dicen hombre: *homo* y *anthropos*. Vemos como “parecen nombrar dos naturalezas fundidas en la trágica figura del hombre: *homo*, su terrosa sustancia; *anthropos*, su vocación de altura. Su humilde pequeñez y su humilde grandeza. Su afán por dominar la tierra y su extraña nostalgia del cielo” (Olalla, 2022, pág. 265). Pensar en el hombre es pensar los lugares donde habita, mora, se domicilia, vuelve a la intimidad; todo esto nos lleva a darnos cuenta que en la propia naturaleza del hombre se encuentra la pregunta por el dónde cobijarse.

Ahora bien, ¿por qué empezar con esta diferencia? ¿A qué vamos a referirnos con la *poesía del lugar*? ¿Por qué poesía y no poética? Hay más preguntas por hacer y pocas respuestas por dar. Dejemos aquí este momento y pasemos a la primera cuestión.

Rossana Cassigoli dice que “una casa puede leerse como un texto” (2010, pág. 169) —de hecho, la mayoría de ustedes ya han leído esta casa—. Si prestamos atención veremos cómo nuestros ojos recorren los distintos lugares y van narrando lo que allí encontramos porque no podemos hacer otra cosa que narrar. El hombre es narrativo y lector. Tanto es así que cuando nos acercamos a un templo lo primero que llama nuestra atención es su inmensidad, la cual no debemos pensarla solamente desde lo estructural físico-externo. Pensemos en la inmensidad que provoca hacia nuestro interior; es allí donde “la mirada física da paso a una mirada espiritual” (Albar Marín, 2001, pág. 21). Siendo así como “un gran edificio debe comenzar con lo inconmensurable; luego someterse a medios mensurables, cuando se halla en la etapa de diseño, y al final debe ser nuevamente inconmensurable” (Kahn, 2003, pág. 17), esto nos demuestra que todo lo que nos rodea va marcando un ritmo de lo *sin* y lo *con* que solo es llevado adelante por aquello que tiene la propiedad de la tierra y del cielo; saberse horizonte es comprender que hay cosas que “se las aprende viendo mucho, oyendo mucho y sintiendo mucho, pero otras cosas surgen de las características mismas del aire y de la luz... presencias eternas muy simples con las que debe mantenerse una conversación permanente” (Khan, pág. 29) y fíjense como aquí entra el hombre-narrador, ese hombre no confunde lo que ve con las palabras que utiliza para describir porque sabe que hay algo más, algo que la narración no puede captar y es la impresión que deja la imagen en el corazón. “Somos peregrinos del misterio escondido de Dios” dice Lázaro Albar (2001, pág. 67). ¡Cuánta belleza en siete palabras! Estamos frente a “la posibilidad de detenernos ante lo desconocido, ante lo extraordinario, lo digno de ser narrado, lo narrable [...] y dejarnos seducir por ello, seguirlo” (Cassigoli, 2010, pág. 211).

Arquitectura y liturgia son dos formas de decir-se, ambas forman parte del arte y cuando se complementan elevan al hombre a la expresión más humilde, sencilla y respetuosa: el silencio. Estamos ante esa nota constante que solo logra hacer presente el arte y que nos lleva al hombre-lector. Es aquí donde arquitectura y liturgia se convierten en lectura; permítanme compartirles un diálogo entre Marco Polo y Kublai Kan expresado en la pluma de Italo Calvino (*Las ciudades invisibles*, 2023, pág. 96):

Marco Polo describe un puente, piedra por piedra.

¿Pero cuál es la piedra que sostiene el puente? —pregunta Kublai Kan.

El puente no está sostenido por esta piedra o por aquella —responde Marco—, sino por la línea del arco que ellas forman.

Kublai permanece silencioso, reflexionando. Después añade:

¿Por qué me hablas de las piedras? Lo único que me importa es el arco.

Polo responde:

Sin piedras no hay arco.

Acá es donde mayormente nos vemos desplazados cuando intentamos leer. O solamente existe el arco o solamente existen las piedras y como vemos en el diálogo uno no es sin el otro. Pensar la arquitectura y la liturgia es entrar en el movimiento que impone la pausa, o sea, el recogimiento, abrazando la reflexión en donde “las cosas materiales de la vida, para los que tienen ojos de fe, indican el camino hacia lo espiritual. Las cosas materiales visibles que nos rodean nos llevan a una comprensión de lo invisible, de lo divino” (Albar Marín, 2001, pág. 13). Fíjense como este movimiento impide que nos dispersemos “en la dimensión externa del mundo y en ‘la línea dispersiva de su tiempo ilusorio y desacralizado’” (Cassigoli, 2010, pág. 115). La lectura que realizamos está dentro de un contexto del cual no podemos entrar y salir fácilmente. Marco y Kublai observan distinto, y es por ello que su lectura también lo es; ambos narran el puente, pero ambos leen lo que su poesía les deja leer. Disculpenme por la última oración, es un poco críptica. En las líneas que sigue tratare de traerla al llano.

Llegar a un lugar es adentrarnos en un momento de la vida de algo. Cuando entramos a un templo o pasamos por delante nos encontramos frente a una estructura que solo es tal en la luz que le da forma y allí podemos experimentar la poesía que prosa. *La poesía del lugar* es aquella narración y luego lectura que solo puede darse porque hay alguien que se dona y otro que recibe esa donación. En la relación arquitectura-liturgia esto es totalmente visible en la figura del altar que “es en cierto modo el lugar del cielo abierto; no cierra el espacio eclesial, sino que lo abre hacia la liturgia eterna” (Ratzinger, 2015, pág. 62). Miles de altares (arquitectura), una sola liturgia (la pasión de Cristo).

La segunda cuestión nos la trae Paul Gilbert cuando plantea que “la ‘belleza’ sólo se atribuye en la distancia del misterio” (2008, pág. 387). Acá nuestra lectura se torna admiración ante lo narrado. “Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más, te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos” (2023, pág. 42) dice el narrador de *Las ciudades invisibles*, y nos deja a nosotros con la cantidad necesaria de cotidianidad. Lo extraño tiene dos vías de acceso: una que va hacia lo que esta fuera de nosotros y otra que va hacia la nostalgia. Un conjunto de piedras guarda todas las palabras por decir y también todas las palabras dichas. Estamos frente a algo que no hace más que ofrecérsenos. La piedra es cotidiana, la piedra narra acontecimientos. Parte de esa narrativa tiene un lugar dentro del ámbito cristiano, veamos algunos ejemplos: Sal. 18 (17), 3 Yahvé, mi roca; Sal. 71 (70), 3 Sé mi roca de refugio; 1Pe 2, 8 piedra de tropiezo; Is. 28, 16-17 piedra selecta, angular, preciosa que sirva de base; Sal. 118 (117), 22 la piedra que desecharon los albañiles se ha convertido en piedra angular; Ef. 2, 19-22 habla de la comunidad como piedras vivas; y por último Mt. 16, 18 tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. ¡Tantas piedras ante las que detenernos! Solamente las miramos como parte de un paisaje ya leído, siendo que “lo que une el pasado con el presente [...] [y] mantiene en la seguridad de ser, es la acción doméstica” (Cassigoli, 2010, pág. 172)

que nosotros por querer poner piedra sobre piedra nos olvidamos de aquello que dijimos más arriba, que *somos peregrinos del misterio escondido de Dios* y es ahí donde radica nuestra belleza, la cual solo se atribuye en la distancia del misterio, o sea, en aquello que separa mi lectionarración de la piedra y lo que la piedra quiere narrarme.

Encontramos esta admiración por lo narrado en la impresión que deja la imagen primeramente en el corazón y luego en la inteligencia. Impresión como aquello que es prensado sobre nosotros y queda marcado, y también impresión como aquello que nos hace cambiar el rostro, pasar de un estado de reposo a un estado de asombro. Para poder captar bien este sentido, volvamos a las piedras que “son grandes viajeras [y] cada una de ellas tiene una apasionante historia que contar” (Belmonte, 2021, pág. 86). Piedra sobre piedra se levanta el templo que enfocado al este no hace más que recibir el abrazo que lo eleva y ellas van empapándose con las historias de las manos que las colocan y es así como podemos volver al párrafo anterior donde mencionábamos algunos ejemplos de las Sagradas Escrituras y en ellos nos permitimos encontrar la impresión estructural que solo es tal en “la luz que da forma a ese espacio” (Kahn, 2003, pág. 17) que es el templo *piedra-carne*.

Atrevámonos a retomar nuestra vocación de altura en nuestra terrosa sustancia; no busquemos contar nosotros la historia de la piedra, dejemos que ella nos cuente su historia y así atrevámonos a narrar con la piedra la poesía del lugar que es donación de la verdad del misterio que emerge.

Bibliografía

Albar Marín, L. (2001). *La belleza de Dios: contemplación del icono de Andréi Rublev*. España: Desclée De Brouwer.

Belmonte, M. (2021). *Los senderos del mar: un viaje a pie*. Barcelona: Acantilado.

Calvino, I. (2023). *Las ciudades invisibles*. Buenos Aires: Grupal.

Cassigoli, R. (2010). *Morada y memoria: antropología y poética del habitar humano*. México: Editorial Gedisa.

Gilbert, P. (2008). *Metafísica: la paciencia de ser*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Kahn, L. I. (2003). *Forma y diseño*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Olalla, P. (2022). *Palabras del Egeo*. Acantilado.

Ratzinger, J. (2015). *El espíritu de la liturgia: una introducción*. Rosario: Ediciones Logos Ar.